

ALMACÉN
DE FRUTOS LITERARIOS.

Semanario de Palma.

JUEVES 28 DE NOVIEMBRE DE 1844.

ROSA.

CAPITULO IV.

Cuando llegó Rosa á la esquina de la calle de Grés se detuvo creyendo que no tendria valor para seguir adelante.

-- ¡Dios mio! dijo mirando las primeras casas, si no voy á buscarlo ¿quién me protegerá?

Adelantóse lentamente, pálida como la muerte, y aturdida con mil visiones que se presentaban á su vista sin reparar en una elegante berlina que estaba parada á la puerta de la casa á donde se proponia ir, lo cual era un suceso extraño en la calle. Todos los estudiantes habian abierto sus ventanas para ver si podian descubrir el secreto de aquella visita sobre la cual hacian comentarios muy picantes.

Antes de entrar levantó la cabeza como para advertir à Edmundo Larroche si la estaba mirando, y no pudo menos de turbarse al ver todas aquellas caras desconocidas rodeadas de una nube de humo.

Apenas hubo mirado cuando volviendo à bajar la vista dijo con cierto desconsuelo: ¡No está ahí!

Puso el pie en el dintel de la puerta sin saber á qué cuarto dirigirse, y pensando en buscar á la portera, cuando se presentó un hombre en la ventanilla de la garita.

-- Tengo que ver, dijo con voz débil, á Mr. Edmundo de Laroche.

-- Número 17, al fin del corredor, le respondieron.

Anduvo perdida algun tiempo, subiendo al principio mas de lo que necesitaba, y bajando despues mas de lo que era menester. mas al fin, el número 17 se presentó á su vista como si estuviera formado con caracteres de fuego.

-- ¿Y si no está solo? dijo con terror; y se puso á escuchar.

Esta casa de la calle de Grés, es una de las mas ruidosas del barrio: á todas horas del dia y de la noche reina en ella la mayor agitacion, porque ciertamente en el barrio de *Latino* es donde hay menos reposo y menos silencio para el estudio y para el amor. Rosa oia gritos, carcajadas, canciones, mas no podia distinguir si hablaban en el cuarto de Edmundo Laroche. En fin, tocó ligeramente á la puerta y escuchó con mayor ansiedad: nadie respondia, y ya iba á retirarse. cuando sintió ruido de pasos.

Casi en el mismo instante, Edmundo Laroche, vestido con una larga bata vino á abrir, dispuesto á despedir la visita hasta mejor ocasion.

-- Soy yo; dijo Rosa con sencillez.

Edmundo no conoció á la vendedora de violetas bajo aquellos vestidos tan brillantes, y Rosa consternada con tan frio recibimiento, no se atrevia á entrar.

-- Me parece, dijo el estudiante, que habeis equivocado el cuarto. Permittedme que os enseñe vuestro camino.

-- ¡Mi camino! Y acaso ¿sé yo misma donde voy? Perdonádmelo que os moleste por tan poca cosa; vengo á traeros una moneda de diez sueldos que os dejasteis olvidada hace ocho dias en mi mesa cuando yo vendia flores en el puente del Change.

Y diciendo estas palabras, sacó Rosa la moneda y se la presentó á Edmundo Laroche que apenas comprendia lo que pasaba; mas como la jóven retrocedió un poco, un rayo de luz vino á iluminarle la cara.

-- ¡Ah! ¿sois vos? dijo Edmundo Laroche con una sonrisa inquieta; ¡qué hermosa os habeis puesto! ¿Es posible? A fe que no lo comprendo; pero estas cosas tienen en Paris muy fácil explicacion.

Tomó entonces á Rosa de la mano y la condujo á uno de los cuartos inmediatos al suyo.

-- ¿A dónde vamos? preguntó entonces la jóven.

-- Esperad, respondió el estudiante, y no temais. - Vaya no hay nadie; ¡qué diablos!

-- Todavía esperó la jóven algun tiempo en silencio sin impacientarse.

-- Pero explicaos, señor.

-- ¡Malo! prosiguió como hablando consigo mismo. volvamos por aqui, y volvió á llevar á Rosa á la puerta de su habitacion, donde la hizo entrar.

-- Vamos, sentaos al fuego. ¡Qué linda estais! ¡Cáspita, qué vestido tan rico! No suceden estas transformaciones sin la intervencion de alguna varita mágica. ¡Ah, hija de Eva! el amor hace milagros. Siento infinito que no hayais venido á encargarme del cuidado de vestiros asi.

Edmundo Laroche decia todas estas cosas con aire de curiosidad y de distraccion a la vez.

-- Escuchadme, dijo Rosa, porque es necesario que sepais enteramente la verdad. No me condeneis sin oirme: estos hermosos vestidos que os ofuscan no son mios, y diciendo esto inclinó la cabeza para ocultar su rubor.

-- Luego me contareis eso, respondió Edmundo.

-- No; ahora mismo, porque no quiero que tengais tiempo de...

-- Vamos, dijo Edmundo entre sí con impaciencia, esto es edificante. Va sin duda á contarme lá eterna historia que todas cuentan; pero está ahí Carolina y no puedo emplear el tiempo en escucharla.

--- Pronto acabo. ¿No conocéis á Mme. de Saint-Georges? He pasado ocho dias en su casa sin saber donde estaba: por mis vestidos conoceréis lo que queria hacer de mí; la querida de uno de sus amigos. Estos vestidos son mi primera y única falta: no son mios, es verdad; pero no he tenido valor para volvérmelos á poner los que llevaba cuando me encontrasteis la primera vez. Me adornaban para otro y yo me he vendido aquí. Dios es quien me ha conducido. ¿Es verdad, caballero, que vos me salvaréis? porque yo os amo, os...

-- Al llegar aquí bajó la cabeza y se enjugó las lágrimas.

Edmundo Laroche le tomó la mano, la miró sorprendido, y con acento de profunda conmocion le dijo:

-- ¿Quereis que os salve? -Yo os amaré

Un corto silencio siguió á estas palabras, y Rosa se puso la mano sobre el corazon como para impedir que el estudiante pudiese ver sus latidos.

-- Mirad, dijo el jóven, este es nuestro nido: todo lo que tengo es vuestro, añadió con tono algo burlon, señalando con el dedo los viejos muebles de su cuarto.

-- Pero, prosiguió presentando á Rosa su único sillón, ¿se necesitan muchas cosas para ser dichosos?

Rosa no quiso sentarse, y acercándose á la chimenea arrimó al fuego las puntas de sus pequeños y lindos pies, examinando entretanto con disimulo la habitacion del estudiante. Este cuarto estaba amueblado con una cama, una silla, un sillón y una cómoda. Varios libros de leyes se veian esparcidos desde la puerta hasta la ventana: dos estampas inglesas adornaban las paredes cubiertas de papel verde. Sobre la chimenea se veian varias pipas, la cómoda estaba cargada de chalecos, de corbatas y de guantes viejos. El desorden de este cuarto revelaba un espíritu distinguido y perezoso que no tenia mucho tiempo para estudiar por estarse paseando, ó por quedarse meditando cerca de la ventana.

-- ¡Ah! decia Rosa, ¿con cuánto gusto arreglaria yo este cuarto!

Por mas inquieto que estuviese Edmundo Laroche no se cansaba de admirar aquella belleza tan pura y tan sencilla que presentándose en el cristal do su espejo le recordaba los soberbios retratos de Juan Bautista Vanloo.

-- ¡Qué linda sois! no podeis figuraros cuan contento estoy de ve-

ros tan cerca de mí. ¡Cuán dulce sería desenlazar esos hermosos y rizados cabellos!

Diciendo esto, el joven desató el sombrero de Rosa. Levantó ella los ojos y lo miró con ternura y esta dulce mirada turbó de tal manera á Edmundo, que sin acordarse de que estaba solo, iba á estrecharla contra su corazón, cuando se oyó un ligero ruido que le hizo mirar hacia la puerta del gabinete.

-- Aquí hay alguien, dijo Rosa poniéndose pálida. ¡Ah! caballero, no debíais haberme abierto la puerta: ya veo, prosiguió con desesperación que he nacido para ser desgraciada.

El estudiante guardó silencio y dos sentimientos opuestos agitaron su corazón. No sabía como acoger á aquella hermosa joven que con tanto candor venia á refugiarse bajo su techo. El amor no gusta siempre de recoger lo que encuentra á su paso. Edmundo Laroche se hubiera alegrado de atraerse á Rosa el día que la encontró en la calle de Lavandieres, porque este género de aventuras es muy comun en el barrio *Latino*; pero habiendo encontrado con una pasión mas grave y mas digna, despertáronse en él los nobles instintos y conoció que sus sentimientos se elevaban hasta respetarla. Conociendo el joven que seria mas noble proteger á Rosa que seducirla, tenia hacia ella mas respeto que amor.

Rosa al separarse de la chimenea, se volvió á mirar hacia la puerta del gabinete.

-- Sin embargo, decia entre sí Edmundo Laroche, como ella lo cree en su santa ignorancia, solo el amor puede salvarla. Con cualquier otro es muger perdida, conmigo...

-- Me voy, dijo Rosa.

-- La puerta del gabinete se abrió de repente, y una señora joven, y vestida con mucha elegancia, se dirigió á Rosa.

-- ¡Ah, Dios mio! soy perdida, exclamó la joven, y cayó casi desmayada en los brazos del estudiante.

La señora recién venida le hizo respirar una esencia, diciéndole:

-- No tembleis así, volved en vos.

-- El estudiante la sostenia siempre en sus brazos: Rosa abrió en fin los ojos.

-- ¡Oh! señora, dijo con voz débil y suplicante, soy muy culpable.... Perdonadme... si hubiera sabido....

Desasiéndose entonces de los brazos de Edmundo, prosiguió:

-- Ahora tendré fuerzas para partir.

-- Pobre niña, dijo la señora con tono compasivo, ¿y dónde iréis?

-- ¿Qué? dónde iré? es verdad, no tengo donde ir, pero no quiero estar aquí mas tiempo porque comprendo bien...

Y miró alternativamente al estudiante y á la señora.

-- No obstante, soy mas hermosa que ella, dijo entre sí.

-- Nada podeis comprender, porque yo soy hermana de Edmundo.

-- ¿Su hermana? ¿sois su hermana?

-- Y Rosa se arrojó en sus brazos con la mayor alegría, ya porque era hermana del que amaba, ó ya porque no era su querida.

-- Sí, sois su hermana, y ya veis que tengo razon en cuidar de él... pero no os ofendais, sois una niña inocente, y correis á vuestra perdicion; yo seré, pues, quien os salve, y no Edmundo que se perderia con vos.

Rosa la miraba atentamente mientras decia esto, y Edmundo no sabiendo que hacer, escuchaba y esperaba indeciso.

Voy á llevaros á mi casa, prosiguió Carolina Laroche, segura de que mi marido aprobará este paso. No sé á que os destinaré; pero tranquilizaos porque no estareis como criada; me parece que sabreis coser, leer y jugar con los niños; los míos os entretendran, y vos los entretendreis mientras que de acuerdo con mi marido os proporciono una colocacion digna de vos.

-- Os doy gracias, señora, dijo Rosa con reconocimiento y con tristeza: estoy pronta á seguiros á donde gustéis llevarme. Mi pobre madre tenia razon cuando me cerró su miserable puerta.

-- Dia llegará en que váyamos á ver á vuestra familia; venid y en mi carruage hablaremos largamente.

-- Rosa levantó tímidamente los ojos para mirar á Edmundo.

-- Adios le dijo, olvidad que he venido aqui.

-- Adios, respondió el jóven dándole la mano.-- Quizá Rosa, prosiguió dirigiéndose á su hermana, haria bien en esperar aqui la suerte que le preparas.

-- Vamos, Edmundo, no nos burlemos de cosas tan serias.

-- Basta, mi querida Carolina, ya me has regañado hoy bastante. ¡Y si no hubieras hecho mas que regañarme! pero Rosa es una muchacha honrada, mas digna de habitar bajo tu techo que bajo el mio.

Abrazó á su hermana, tornó á estrechar la mano de Rosa y se volvió á su cuarto sin acompañarlas temiendo las burlas de los demas estudiantes.

Abrió luego la ventana para ver otra vez á Rosa esperando que volveria á mirarlo desde el carruage; pero fué vana su esperanza porque la jóven entró en la berlina sin intentarlo siquiera. Mil veces se consoló con la idea de que la veria en casa de su hermana; mas cuando el carruage se hubo alejado, sintió esta vaga tristeza de que nos hallamos poseidos cuando vemos partir á una persona amada para un largo viage. Solia comer dos veces á la semana en casa de su hermana y pensó al principio ir aquel dia; pero habiendo reflexionado un poco lo dejó para el siguiente.

La hermana de Edmundo que tenia con él unos cuidados verdaderamente maternales, no habiendo podido convencerlo á que viviera con ella en la calle de Laffite, venia de cuando en cuando á sorprenderlo con pretesto de alguna visita cercana. Estaba casada con un banquero muy célebre en la Bolsa y en la Opera, llamado Mr. Bergeret. Alabábasele porque habia sabido hacer su fortuna con gran rapidez; pero se le acusaba de no ser muy cuidadoso de su muger, y ya algunas de sus aventuras habian dado páhulo a las conversaciones de los ociosos. Era un hombre agradable que no tenia un gran talento; pero que no carecia de atractivos ni de buenos modales. Aquel dia dejó dicho á su muger que volveria tarde por causa de un negocio muy importante.

Mme. Bergeret dispuso que Rosa comiera con ella y con sus hijos; por la noche la llevó à un cuartito donde Edmundo solia acostarse por el carnaval cuando los bailes de la Opera. Rosa durmió en él perfectamente, pero solia exclamar algunas veces. ¡Ah! ¡si yo estuviera en la calle de Grés!

Levantóse muy temprano al otro dia, y Mme. Bergeret le prometió que para la tarde tendria vestidos mas sencillos y mas dignos de ella. Rosa quiso vestir à los niños empleando todo su esmero en esta obra tan agradable: era tan hermosa y tan amable, que los niños la amaban ya, como si siempre la hubieran tratado. La hermosura no es estrangera en ninguna parte.

A la hora del desayuno Mme. Bergeret llamó á Rosa.

-- Venid, le dijo, sentaos cerca de mí. Este es mi marido que me ha prometido pensar en vos.

Rosa levantó los ojos, y Mr. Bergeret dejó caer el tenedor con que comia.

-- ¡Cielos! dijo Rosa, en voz baja poniéndose pálida.

-- ¿Qué teneis, Rosa?

-- Nada, respondió tratando de disimular, nada, se me habia olvidado...

Levantóse entonces, salió del comedor, fué á su cuarto, cogió su sombrero y su ropa de abrigo, y abriendo una puerta que daba á la antesala, huyó á todo correr.

Mr. Bergeret no era otro que Octavio, tan conocido en la calle de Breda por sus camelias y sus brazaletes, que el dia antes se habia despedido de su mujer y de sus hijos para ir à comer en San German en compañía de Georgina, y de Olimpia con la esperanza de encontrar á Rosa.

Esta jóven comprendió que no podia permanecer mas tiempo cerca del marido sin verse obligada á esplicar á su mujer la causa de su turbacion.

Ademas aclimatada ya en aquella casa donde esperaba encontrar en fin la paz en el trabajo, estaba llena de agradecimiento à su bienhechora: ¿podia, pues, quedarse sin esponerse á engañarla?

-- Soy muy desgraciada, dijo cuando se vió en la calle, ya no tengo mas esperanza que la muerte.

CAPITULO V.

¡La muerte! repitió Rosa abatida por su desgracia.

Caminaba lentamente por la calle de Laffite sin saber donde ir, y empujada à cada paso por los que iban y venian en encontradas direcciones. Al llegar al *Boulevard* no pudo menos de detenerse un momento à contemplar todo el lujo parisiense que con tanta impertinencia se ostenta en aquellos lugares.

-- ¡La muerte! volvió á decir.

Preguntábase vagamente, por qué no podia ocupar una posicion cualquiera en la vida, entre todos aquellos que la empujaban. Anduvo algun tiempo sin objeto, y distraida como suele suceder à su edad, é iba ya à

preguntar por el camino que habia de seguir.--¡Ah! el camino que he de seguir! ¿Y cuál tomaré?

Diciendo esto, seguia con la vista à las jóvenes que pasaban à su lado.

-- ¿A dónde van? Hay sin duda una casa que abrirà sus puertas para recibir las; hay un corazon que las espera!

De este modo daba pábulo à su tristeza y à su desaliento. Despues de andar errante mas de una hora, vió que habia tomado sin pensar el camino de la calle de *Lavandieres*.

-- Sí, dijo entonces, volveré à ver à mi padre y à mi madre, abrazaré à mis hermanos, y si he de morir, esto me dará valor en aquel amargo trance.

Al verse otra vez en la calle de *Lavandieres*, recordó todas las escenas de su infancia; el horrible recuerdo de la miseria se presentó à su memoria y se admiró de haber podido vivir tanto tiempo en la pobreza, devorando un pedazo de pan mojado con sus lágrimas.

«Sí, la muerte; porque no tengo valor para vivir en aquel desvan, en aquella espantosa miseria.»

Subió la escalera con el corazon oprimido; ¡ah! ¿dónde estaba aquel corazon que el dia antes al subir las escaleras de Edmundo Laroche latia con tanto temor, pero tambien con tanta esperauza? La puerta estaba abierta; Rosa se detuvo en el umbral, pàlida y temblando: su madre estaba cerca de la chimenea secando ropa, y al grito que dió uno de los niños volvió la cabeza.

-- ¡Rosa! exclamó levantándose con alegría corriendo à recibirla con los brazos abiertos. ¿Qué hermosa estás? ¿De dónde vienes así?

-- ¡Es verdad! contestó Rosa mirando su traje con un doloroso presentimiento: se me habia olvidado.

Los niños acudieron todos llenos de sorpresa y curiosidad.

-- ¡Mi hermana Rosa! ¡mi hermana Rosa! gritaban con alegría.

En el momento en que Rosa se inclinaba para abrazar à sus hermanos, bajó el picapedrero del desvan donde estaba arreglando sus herramientas. Al ver à Rosa tan adornada, rechazó con una mano à su muger que queria abrazar de nuevo à su hija, y cogiendo à Rosa con la otra, la arrojó desapiadadamente hacia la escalera.

-- Anda, le dijo, muger perdida; ve à llevar à otra parte tu alegría y tus adornos, que tan mal juntan con nuestra miseria.

La indignacion de aquel padre que se creia deshonrado, era tan elocuente, que habiéndola comprendido su esposa, no se atrevió à decir una palabra para disculpar à su hija.

Cuando Rosa volvió en sí, oyó cerrar la puerta con estrépito.

-- «No hay remedio» dijo con tono de sombría desesperacion.

Habia sufrido el mas doloroso de los suplicios y estaba resuelta à no sobrevivir. Con esta resolucion bajaba aquella oscura escalera, y ya estaba en el segundo tramo, cuando un criado de librea, creyéndola de la casa, le preguntó por el cuarto de Andres Damon el picapedrero.

-- El de arriba, respondió la jóven sin detenerse.

-- Si no me engaño, es la señorita Rosa, dijo el criado.

Rosa lo conoció entonces.

-- Mme. Bergeret, prosiguió este, está abajo en su carruaje, y me parece que os busca porque en el momento que os echó de menos mandó poner la berlina.

-- ¡Ah! dijo Rosa, todavía me quedan algunos momentos tristes que pasar: ¿qué voy à responder á esa señora?

El criado volvió à bajar para guiarla, y cuando llegó al extremo del portal, Mme. Bergeret que estaba asomada à la ventanilla, la acogió con una cariñosa sonrisa. Abrióse la portezuela, bajóse el estribo, y Mme. Bergeret alargó la mano á Rosa diciéndole:

-- Todo lo sé, tranquilizaos, que nada os pregunto: conozco á Mr. Octavio, no ignoro la comida que iba á dar en San German, y comprendo toda la delicadeza que hay en vuestra fuga: he perdonado á mi marido porque una muger prudente debe estar siempre dispuesta à perdonar. No vengo à buscaros para llevaros en mi compañía; sino para que seais dichosa en casa de vuestro padre.

-- ¡Feliz, señora! ¡si supieseis lo que acaba de sucederme! Mi padre me ha arrojado de su casa....

-- ¿Os ha arrojado?

-- Si señora; al verme en este traje no ha querido recibirme.

-- Tranquilizaos, mi querida Rosa; pronto calmaré á vuestro padre, à quien honran esos sentimientos: seguidme.

Rosa la siguió llena de alegría. El mismo padre salió à abrir la puerta y lo desarmó el aspecto grave y respetable de Mme. Bergeret, que en el mismo momento tomó la palabra.

-- Habéis arrojado de casa á vuestra hija que no es culpable. Tengo marido é hijos, y una madre de familia puede responderos de la honradez y de la virtud de Rosa. Es verdad que han intentado seducirla con adornos y con placeres; mas ella ha rechazado unos y otros. Escuchadme: el dinero con que se hubiera pagado su deshonor, servirá para formar su dote. Mi marido que tambien puede ser oido como testigo en este asunto, prosiguió dirigiendo á Rosa una mirada muy expresiva, me ha encargado entregaros estos ocho mil francos para vuestra hija.

Diciendo estas palabras, Mme. Bergeret sacó de una cartera un paquete de billetes de banco.

-- Aquí están: este dinero es la piadosa ofrenda que hace el rico à la virtud y al trabajo del pobre: amad à Rosa porque es digna de ello: pero si tomáis mi consejo casadla pronto: una jóven tan linda como ella no debe andar sola por el mundo.

Mme. Bergeret era compasiva y generosa; pero pensaba tambien que una vez casada Rosa olvidaria á Edmundo Larroche y seria olvidada de Mr. Octavio.

Rosa lloraba y ocultaba la cara entre las manos de Madame Bergeret.

El picapedrero estaba pálido y silencioso; temia que Rosa no le per-

donase su ligereza: estaba conmovido, y deseaba estrecharla contra su corazón; pero no se atrevía á abandonarse à su ternura en presencia de Mme. Bergeret, porque era uno de esos hombres de carácter altivo y tímido à la vez que contienen los afectos de su corazón como una debilidad imperdonable que podia degradarlos.

-- Abraza á tu hija, le dijo su muger con viveza.

Rosa se arrojó entónces en los brazos de su padre que no pudo decirle una palabra.

-- Ya veis, señora, prosiguió la madre dirigiéndose à Mme. Bergeret, tiene buen corazón; pero se empeña en ocultarlo.

-- A Dios, dijo Carolina dando la mano à Rosa, voy muy contenta de haber visitado esta pobre habitacion que nunca olvidaré. Sobre todo, Rosa, decidme el dia en que se celebra vuestro casamiento.

-- ¡Mi casamiento! respondió la jóven sonriendo; me habeis dado un dote, pero me falta todavía un novio.

-- No os inquieteis por eso, hija mia, que el novio no tardará.—Adios, señora, dijo dirigiéndose à la madre de Rosa, yo me encargo del ajuar de vuestra hija.

Después que Rosa hubo acompañado à Mm. Bergeret hasta su coche; volvió á subir à su casa donde quedó sorprendida de la alegría que en ella reinaba. Los niños que nada comprendian de cuanto pasaba, se alegraban de ver el contento de sus padres, y saltaban cantando: «mi hermana Rosa ha vuelto.»

La madre, que apenas podia volver de su sorpresa, pidió à Rosa que le refiriese su estraña historia.

-- Madre mia, dejemos para esta noche la relacion de mis aventuras; quiero antes de todo volver á vestirme con mi humilde traje.

Retiróse à su gabinete à donde todos querian seguirla; pero habiendo manifestado que deseaba estar sola, cerró la puerta, se quitó la mantleta y desató la cinta de su sombrero.

-- Miróse en su espejo roto; y al verse esta vez con sus brillantes adornos en aquel cuarto tan pobre y tan honrado, se sintió ofendida en su interior y se despojó de ellos apresuradamente sin el mas leve sentimiento. Pusóse en seguida un vestido de percal con listas azules, un pañuelo de musolina....

= ¿Y una cofia? dijo de pronto.

Al decir esto tendió una mirada por el cuarto para buscarla, y vió en la ventana puesta à secar una cofia que el dia antes habia lavado su madre en memoria de su querida Rosa. Al ponérsela mirándose al espejo quedó sorprendida de verse tan hermosa:

¿En qué consiste, dijo, que en casa de Mme. Saint Georges no tuve valor para volverme á poner mis vestidos? Es necesario enviarle al momento los suyos.

-- Cuando acabó de vestirse corrió en busca de su padre diciendo:

-- ¿Y ahora me reconocéis?

El picapedrero, sin poder contener las lágrimas, abrazó à su hija con ternura y le dió gracias por haber olvidado tan pronto su terrible cólera.

-- Mucho he sufrido tambien; pero era tan desgraciada hacia una hora, que al venir aqui no sabia ni aun como estaba vestida: únicamente queria daros el último adios, y morir despues: pero no volvamos á hablar de eso.

Uno de sus hermanos, el que siempre soñaba con festines que duraban dos horas, tomó la palabra.

-- Rosa, dijo, cenarás esta noche con nosotros.

A estas palabras todos se echaron á reir: aquellas pobres gentes habian ya perdido la costumbre de presenciar escenas de ternura, y la glotonería del niño las hizo volver á su antigua alegría.

-- Sí, sí, dijo Rosa, vamos á cenar como en otros tiempos, y entregando entonces á su hermana menor los vestidos prestados:

-- Anda, le dijo, y encarga al mandadero que se pone en la esquina, que lleve esa ropa á casa de Mme. Saint Georges, calle de Breda junto á la tienda de comestibles, y que me traiga la mia si la encuentran. Cuando te veas libre de esas galas, piensa en darnos de cenar de modo que Carlitos quede contento, y mientras tanto pondré la mesa segura de que él me ayudará.

Como estaba acostumbrada á las cosas de su casa, dispuso en un instante la mesa, y Carlitos se sentó lleno de alegría.

La hermana menor volvió poco despues: Carlitos salió corriendo á recibirla, y metió la mano en el sportillo quedándose maravillado de no sacar nada mas que un puñado de rábanos. Miró á Rosa con un aire de reconvencion, cuando en aquel instante se presentó en la puerta un personaje inesperado. Era un mozo de la fonda inmediata.

-- ¡Un pavo! exclamó Carlitos.

En efecto, el mozo de la fonda presentaba un pavo con gran respeto, y á poca distancia le seguía un mercader de vinos con una cesta llena de botellas lacradas.

-- Qué es esto? dijo Andres Dumont con tono grave; yo no entiendo de eso, vamos á arruinar á Rosa; ¡botellas lacradas! No las necesitamos y no las pagaré.

-- No importa, dijo el vendedor del vino; pagareis otro dia.

-- Vamos, dijo Andres Dumont, ya tenemos crédito.

-- Esperad y os pagaré, dijo la madre al mozo de la fonda.

-- Otro dia, respondió este yéndose y cerrando la puerta.

La berlina de Mme. Bergeret, la escena que habia pasado entre ella y Rosa y la larga visita de aquella señora en casa del picapedrero, todo era un acontecimiento extraordinario en el barrio: el lacayo de Madame Bergeret fué preguntado, y nadie ignoraba ya en aquellas inmediaciones que Rosa habia tenido buena conducta y era ya rica.

La pobre buhardilla se transformó en un lugar de alegría, y la alegría mas pura, la que parte del corazon, se retrataba en todos los semblantes. Sentáronse á la mesa, Rosa hizo la señal de la cruz, y tomó en brazos á su hermanita mas chica.

Entonces refirió todo cuanto le habia sucedido en aquellos 10 dias, y aunque su relacion fué bastante larga, nadie se quejó. Recordábase ya Rosa con cierta confusion todas las páginas de su historia, pudiendo apé-

nas creer que hubiesen pasado por ella tantos y tan rápidos sucesos, y diciendo al acabar: ¿Será posible?

La historia del dote de Rosa circuló por todo el barrio, la cantidad fué aumentándose de casa en casa, y de tienda en tienda como los huevos de la fábula. Muchos pretendientes de todas edades se fueron presentando atraídos por el dote y por la hermosura de Rosa: el mismo Mr. Cruchon que la había pedido para camarera se dignaba ahora pedirla por esposa; pero fué rechazado segunda vez así como lo fueron otros mas jóvenes aunque no tan ricos.

-- Sin embargo, querida Rosa, dijo un dia el picapedrero, es necesario que te decidas porque yo estoy perdiendo el tiempo en escuchar y responder á tus pretendientes.

Un dia del último otoño Edmundo Laroche, conocido entre los sabios, y célebre ya en los tribunales pasando por la calle de Sto. Domingo se detuvo sorprendido delante de la casa de un herrero cuya fragua arrojaba una luz muy viva; tenia á la vista un verdadero cuadro flamenco. En un lado, dos trabajadores con los brazos desnudos y el color bronceado batián el hierro sobre el yunque; y en el otro, alumbrado únicamente por la claridad del dia, una joven seguía con la vista aunque sin dejar su bordado al mas joven de los trabajadores. Era este un joven de veinte y cinco á treinta años, en toda la fuerza de la juventud; aunque sus facciones no eran muy hermosas, no por eso carecia de esa belleza altiva y dura que manifiestan un carácter. No era en verdad mas que un trabajador: pero franco, y sincero, de aquellos que viven en el trabajo, y á quien el trabajo hace felices. Edmundo Laroche hubiera querido darle la mano con todo el placer que se experimenta al ver una persona dotada de franqueza, de fuerza, y de naturalidad.

El herrero tenia tambien otros goces ademas del trabajo; pues como ya hemos dicho, habia en su taller una linda joven, que aunque vestida como muger de un artesano, dejaba ver en todos sus sencillos adornos una coquetería natural y un gusto exquisito. Lo que mas llamaba la atención era su rostro fresco y alegre, en que rebosaba la juventud y la vida.

En la única ventana que daba luz á aquella estancia, se veian macetas de verbena y de margaritas.

-- ¡Ah! exclamó Edmundo Laroche, ni ¡una sola mirada! ¿Lo habré olvidado todo?

Cuando estaba diciendo estas palabras, el herrero que habia concluido su trabajo, se acercó á su muger mientras el hierro se calentaba en la fragua, se inclinó y besó sus hermosos cabellos. La joven levantó entonces la cabeza, y lo miró con ternura y reconocimiento como para decirle: Animo.

Edmundo Laroche se alejó de aquel sitio, pensando en la calle de Grés y en la virtud de Rosa.

ARSENIO HOUSSAYE.

FIN.

GABRIELA Y CLARA DE LAVAL,

leyenda histórica del siglo xvi,

por Alejandro Dumas.

Estamos á 12 de setiembre de 1524: Marsella se defiende del Condestable de Borbon, de ese ilustre loco, que se andaba destruyendo la Europa para entretenerse y librarse del fastidio. Este dia era el vigésimo segundo que estaba abierta la trinchera: los nobles señores de Aix y los nobles plebeyos de Marsella, reunidos dentro de los mismos baluartes, habian jurado sepultarse bajo sus ruinas. El Condestable dirige contra la ciudad á sus italianos, sus españoles y sus peones tudescos. Las baterías de la torre de San Juan, del Cerro de los Molinos y de la torre de San Pablo, arrojan una lluvia de balas por encima de los baluartes, sobre las colinas del Lazareto, sobre el camino de Caunet, donde se ve flotar la bandera del Condestable, y hasta el pie de la abadía de San Victor, donde el marques de Pescara tiene establecido su campo. Una violenta tempestad de setiembre estalla á la caída de la tarde; la noche se adelanta rodeada de profundas tinieblas y en fin, hace un tiempo á propósito para las empresas de amor y de guerra.

El capitán Carlos de Monteoux á la cabeza de mil ciudadanos resueltos, ha mandado que se le abra la puerta real que está al fin de la calle de Fabres, porque quiere arriesgar una salida para recorrer las huertas en que se cultiva el cáñamo, y las llanuras de Marsella. Dos heroicas amazonas le siguen: una es la muger, y otra la sobrina de Carlos de Laval: llevan en el arzon de la silla pistolas primorosamente filigranadas; y cada una sostiene tambien en su blanca mano una espada de tan preciosas labores y de tan esquisito trabajo, que mas parecian una joya que un arma.

Hacia el enemigo en desorden con direccion del camino de Aubagne, cuando la caballería española que guardaba esta avenida, cayó sobre los marseleses y les obligó á entrar precipitadamente en la ciudad. Por desgracia, cortados algunos de los nuestros en su retirada, llegaron demasiado tarde á la puerta Real que ya estaba cerrada, y alzado el puente levadizo dejando ver claramente un foso ancho y lleno de agua. Allí fueron hechos prisioneros algunos marseleses, pudiendo otros salir á campo libre, favorecidos por la oscuridad de la noche. De este número fueron el jóven Victor Vivaux, hijo del maestro de artillería y las dos jóvenes de que ya hemos hablado, cuyos nombres eran Gabriela y Clara de Laval. Todo género de peligros amenazaba aquella noche á las dos amazonas, al atravesar por el ejército impío, que mataba, destruía y deshonoraba para ganar el infierno, y que mas tarde debia violar á Roma en medio del incendio, y sobre un rio de sangre.

Gabriela, esposa de Laval, tenia entonces treinta y dos años. Sorprendida por la proposición de esta salida hecha por Carlos de Monteoux, y que ella y

su sobrina habian aceptado con la novelesca temeridad de que las mugeres dieron tantas pruebas en aquella época, no habia querido hacer esperar al gefe de la expedicion, y partió vestida como estaba; es decir, con una ancha saya de seda, sujeta con un corpiño de terciopelo cortado en cuadro por la espalda y acabando en punta por debajo del pecho. Además guarnecian la orilla superior del corpiño dos órdenes de encages que dejaban descubierto un cuello de cisue.

El rostro que daba vida á este bello cuerpo y al rico vestido que lo cubria, tenia un tipo maravilloso de distincion y de nobleza: una frente blanca y pura, cortada en admirables líneas; el mirar dulce de sus rasgados ojos de un color negro brillante, una boca hechicera que se entreabria con la sonrisa como una rosa con el rocío; tal era el conjunto divino que habian legado á Marsella los escultores de Delos y de Mitylene. Aquella noble cabeza llevaba una corona ondeante de hermosos cabellos de ébanó, que bajo ciertos puntos de luz parecian ocultar reflejos ardientes, como las olas del mar en una noche oscura, parecen arrastrar partículas de fuego en sus pliegues negros y movibles.

Clara de Laval que la acompañaba, solo tenia 20 años. Increíble pareceria que á esta edad, osara una jóven arrostrar los peligros de la guerra, si no se supiera que en aquella época de turbulencias, estaban tan continuamente en juego la vida y el honor de las mugeres, que se veian en la precision de mostrar desde luego un carácter enérgico y resuelto: por lo demas la historia de Marsella está ahí para atestiguar en honor del sexo hermoso que tambien fué el sexo heroico. Clara de Laval, vestida casi como su tia, hubiera podido pasar por su hermana. Tenia cabellos rubios ricamente prodigados sobre las sienas y la espalda; hermosos ojos druidicos de color del mar en tempestad; un color admirablemente mezclado de blanco y rosa; una expresion de cara atractiva y magnética; en fin, una gracia sin igual, cuando andaba con ligereza sobre las puntas de sus borceguies dorados como las sandalias de una odalisca: sentada y pensativa, tenia esa radiante tranquilidad, que casi siempre es el reposo de un volcan.

Su único compañero, Victor Vivaux, era un jóven de 24 años de edad, alto y bien dispuesto, célebre entre los jóvenes mas amables que daban serenatas en la plaza de Leuch, un marselles franco y generoso de la edad media, con el rostro muy tostado por el sol de los campamentos.

Las dos amazonas y el jóven oficial que les servia de guia siguieron algun tiempo á galope la direccion que habian tomado; pero á poco encontraron el terreno tan cortado por zanjas y fosos, que sus caballos les eran no solo inútiles, sino embarazosos, porque sus relinchos ó sus pisadas podian descubrirlos. Los tres fugitivos se apearon, abandonaron sus caballos en un sembrado de cáñamo, y prosiguieron su camino sin proferir una sola palabra, pues el ruido de las armas y las canciones de los soldados que se oian por todas partes, anunciaban la proximidad del enemigo. En fin, las dos damas, siguiendo siempre á su guia por senderos desconocidos, llegaron á las alturas que dominan el valle de Auriol: desde allí caminaron en direccion opuesta á la ciudad, y atravesando sinuosidades y precipicios, se dirigieron á la playa arenosa que se estiende en semicírculo desde la roca blanca al monte Redon.

Todo el mundo sabe que esta playa se asemeja y puede equivocarse con los surgideros de una isla desierta; pues ocupados los marselleses sin cesar con los azares de la guerra, no se cuidaban de cultivar mas que los jardines

que se estienden á la sombra de las fortificaciones. El Huveaume en su embocadura forma un gran número de pantanos en medio de los cuales corre hácia el mar: algunas cabañas de pescadores colocadas á largas distancias son las únicas habitaciones que se ven en aquel lugar solitario. Solamente en medio de las aguas estancadas del pequeño río, y á la estremidad de una calzada natural de rocas casi siempre cubierta por las olas, se mira una casa aislada que parece protestar contra la soledad, y recordar á los marinos que vogan hácia Pianier, los tiempos antiguos en que esta playa fué visitada por las galeras de Tyro y de Sidon.

Cuando los fugitivos llegaron á esta playa, el mar estaba bastante tranquilo á pesar de la tempestad. Victor Vivaux fué el primero en lanzarse por aquella calzada natural agarrándose á las ramas de un tamarindo; y prestando oído á los rumores de la noche, solo oyó el lejano mugido de la tempestad agonizante, el ruido de los sauces movidos por el viento, y hácia el Norte un sordo estampido producido sin duda por la caebrina de Santa Paula que cantaba un duo con los truenos del mar.

Inclinóse entónces y tendió la mano á Gabriela que con su auxilio subió al momento á la calzada: dióla despues igualmente á Clara, por quien durante todo el camino habia manifestado particulares atenciones; viendo despues á las dos señoras á su lado, y echando una rápida ojeada sobre el mar y sobre los pantanos, les dijo, respirando con libertad:

— Ahora os permito que habéis, señoras; ya hemos llegado á sitio seguro donde no estamos rodeados de soldados, ni de bandoleros.

— De mí sé decir, dijo Gabriela soltando la carcajada, que jamás perdonaré al señor condestable el haberme cerrado la boca por espacio de dos horas mortales; pero aunque no haya podido dirigir á la tormenta ni un solo cumplimiento, por lo que he visto de ella me ha parecido muy linda.

— ¡Virgen del Carmen! exclamó Clara, ¿en qué pais hemos venido á dar? ¿Estamos en tierra ó en mar?

— Tranquilizaos, señorita, conozco muy bien todos estos sitios.

— ¿Conoceis este desierto, Sr. de Vivaux?

— Sí señora, y vais á orientaros como yo, pues ya veis cómo la luna aparta las nubes para veros pasar. Mirad, señoras, allí entre los tamarindos, hay una casa que conozco tan bien como la mia, porque he venido á ella mas de mil veces con Mr. de Beauregard, el capitán de la Torre de San Juan.

— Y ¿qué veniais á hacer aquí? preguntó Gabriela con aire burlon mientras que Clara miraba al jóven con inquietud:

Victor comprendió esta mirada y respondió sonriendo á ambas señoras aunque solo una le habia preguntado.

— Veniamos á hacer una cosa muy sencilla, señoras: veniamos á ver la *pescadilla con fuego*. Esta casita pertenece á Mr. de Beauregard, que en verdad está muy distante de pensar que va á servirnos de asilo esta noche.

— ¿Y si la puerta está cerrada? preguntó Gabriela.

— La forzaremos, respondió Victor.

— ¡Oh!... murmuró Clara, á quien este modo de tomar posesion parecia un poco extraño á pesar del trance crítico en que se encontraban.

— ¡La Virgen del Socorro nos valga!!! dijo Gabriela, me parece que allí veo una luz siniestra, y señaló la colina del Norte con la punta de su espada que aun no habia envainado.

Todas las miradas se dirigieron hácia aquel punto y hubo entónces un momento de silencio.

— ¡Chist! dijo Clara estremeciéndose.

— ¿Qué hay? preguntó Victor colocándose instintivamente delante de la joven.

— Oigo ruido, replicó Clara.

— ¿Dónde? preguntó Victor, bajando la voz á cada pregunta.

— Allí, allí cerca de nosotros en esas algas negras, respondió Clara tan bajo, que para oírla, se vió Victor precisado á acercar tanto su mejilla á los labios de la joven hasta que sintió su aliento.

— Será el mar ó el viento, respondió el joven permaneciendo inclinado un momento. El peligro no está ahí: está allí, añadió á media voz señalando hácia el Huveaume.

— Es verdad, es verdad, dijo Clara apoderándose del brazo de Victor. Mirad allí, allí, delante de nosotros.

Victor se volvió hácia el lado que le indicaban, y en efecto vió una figura negra que se levantaba de entre los sauces del Huveaume, y se dirigia á la calzada.

— ¡Silencio! dijo Victor, y dejó á la aparición adelantarse mas por el estrecho dique; cuando ya solo estuvo algunos pasos distante de él, salió Victor á su encuentro con la espada en la mano, mientras que las damas se disponian á socorrerlo, si necesario fuese.

— ¿Quién eres? ¿qué quieres? preguntó el joven apoyando la punta de su acero en el pecho del aparecido, que en lugar de defenderse, cayó humildemente de rodillas.

— ¡Oh, señor marsellés! respondió el buen hombre, que por el acento de Victor habia conocido ser el que le hablaba un compatriota suyo.

— ¡Ah! ¡ah! dijo Victor que acababa de hacer el mismo descubrimiento, parece que no es enemigo; pero no importa; cuando en estos tiempos hay algun encuentro en tales sitios y á tales horas, es necesario conocerse. ¿Quién eres? ¿qué quieres? vuelvo á preguntarte.

— Soy el patron Bourquié, el pescador de Mr. Beauregard y voy á sacar las redes.

— ¡Pardiez que es verdad! dijo Victor. Señoras, añadió dirigiéndose á las damas que permanecian apartadas, no temais, estamos en pais amigo.

— ¡Aguarda! ¡es Mr. Victor! dijo el pescador con alegría, ¡y yo que no le habia conocido! — Buenas noches, Mr. Victor.

— Buenas noches, amigo.

— ¡Cáspita! me admiró de veros aquí cuando os creía detras de las murallas de la ciudad. Es esta una expedicion como....

— ¡Chist! dijo Victor.

— ¡Ah! pero habeis escogido un tiempo muy malo.

— ¿Dices que ibas á pescar? interrumpió Victor á quien desagradaba el giro que habia tomado la conversacion.

— ¡Ah! Sí señor, voy á pescar, respondió el patron Bourquié dando un suspiro.

— ¿Pero por qué suspiras? En otros tiempos esta ocupacion era para tí una fiesta.

— ¡Oh! sí, cuando pescaba para Mr. de Beauregard, ó para vos, cuando veniais con aquella....

— ¿Pues para quién pescas ahora?

— ¿Para quién pesco? ¡Madre mia del Cármen! para esos bribones italianos

que vienen á comerse mi pescado y me lo pagan á palos con los mangos de sus alabardas.

— ¡Cómo! ¿los italianos vienen aquí? exclamó Victor.

— ¿Que si vienen? Ni una noche siquiera faltan; no tardarán ya en llegar: pero no me habéis de eso, Mr. Victor; son verdaderos turcos, corsarios, sarracenos, que buscan gratis mugeres y buena comida: ¡malditos de Dios! traen consigo dos alemanes vestidos como figuras de tapiz, que aunque no han inventado la pólvora, son tan malos como ellos.

— Bien, bastante has dicho, replicó Victor. Buen patron Bourquié, aquí hay dos señoras que tienen necesidad de reposo..... se han dejado en esas piedras las suelas de sus zapatos, y sus lindos pies están magullados. ¿Tienes en tu cabaña una buena cama de hojas secas para esas señoras?

— ¡Oh! en mi cabaña estarían muy mal esas señoras; aquello no es bueno mas que para muchachas como las que.....

— ¡Bieu! pero entónces, interrumpió Victor, ¿dónde van á pasar la noche?

— Si el mar no estuviera tan terrible os diría que donde estarían mejor sería en su casa. Entraremos en mi barca, y como el mar está libre desde que La-Fayette ha ahuyentado á ese condenado de Moncada, haré lo que pueda para ponerlos dentro de una hora en la cadena del puerto.

— ¡Bueno! dijo Gabriela, eso me parece muy bien. Vamos á embarcarnos, ya sabéis que somos valientes y que no tendremos miedo.

— ¡Ah! no señora, nó, dijo el patron Bourquié meneando la cabeza, eso sería tentar á Dios.

— Pero el mar no está ahora muy alto, murmuró Clara.

— Por aquí no lo está; pero el mar, señorita mia, aunque sea mala la comparación, es como las mugeres, que no se han de juzgar por lo que se ve. Aquí está bastante tranquilo, muy en bonanza; pero mirad allá bajo al otro lado de esa roca, y vereis que está haciendo el diablo á cuatro. Nó, nó, Mr. Victor, creedme, mas vale esperar.

— Pero ¿dónde hemos de esperar puesto que dices que en tu casa no estaremos seguros?

— Seguidme, dijo el patron Bourquié; voy á abriros la casa de Mr. de Beauregard, donde estareis mejor que en la mia. Si vienen los italianos id subiendo á medida que suban ellos hasta que encontréis una escala y una trampa. Entónces saldreis al tejado, quitareis la escala, y si teneis la desgracia de que os persigan hasta allí, siempre os queda el recurso de arrojaros desde el tejado para no caer en sus manos. Las dos señoras se apretaron la mano.

— Vamos, pues, dijo Victor Vivaux.

El pescador se puso al frente de la columna, y los tres fugitivos le siguieron en silencio: pocos momentos despues pasaron por debajo de un emparrado, subieron las gradas de un pórtico, y el patron Bourquié empujó una puerta que cedió y se abrió fácilmente.

(Se concluirá.)

